

**“La corrupción en la era digital: entre algoritmos de control y la digitalización de la integridad”**

**Por:**

**Renato Jocsán Cardona Picón**

**CISP Preparatoria**

**Ensenada, Baja California a 18 de septiembre de 2025.**

## Desarrollo

El primer desafío es la identificación. La corrupción se alimenta del secreto, y durante décadas ese secreto estuvo protegido por archivos cerrados, trámites opacos y un lenguaje jurídico diseñado para excluir a la ciudadanía común. La IA rompe con esa tradición. Hoy existen algoritmos capaces de analizar millones de contratos en segundos y señalar anomalías que, de otro modo, pasarían desapercibidas. La experiencia comparada lo demuestra: en países como Estonia, pionero en gobierno digital, cada transacción pública queda registrada y puede ser revisada en tiempo real. Esa transparencia radical hace que el espacio para el fraude se reduzca hasta volverse casi inexistente. La juventud puede ser protagonista en este punto. Mientras generaciones anteriores se formaron bajo la lógica de la desconfianza y la resignación —“así son las cosas”—, los jóvenes podemos traducir los hallazgos técnicos en un lenguaje accesible, viral y pedagógico. Una plataforma de IA puede detectar corrupción en la contratación pública, pero sin la juventud que comunique esos hallazgos en redes, que los convierta en indignación colectiva y en acción política, la información muere en el vacío. El dato sin narrativa carece de poder transformador; el dato narrado por jóvenes puede ser dinamita social.

La prevención constituye el segundo frente. Si el sistema judicial siempre llega tarde, la IA permite anticiparse. Algoritmos predictivos pueden cruzar datos patrimoniales, fiscales y de gasto público para advertir riesgos de corrupción antes de que se materialicen. Esta herramienta sería crucial en América Latina, donde la corrupción se convierte en una maquinaria estructural que devora presupuestos sociales. El fallo de la Corte Interamericana en *López Lone vs. Honduras (2015)* subrayó que la independencia judicial es esencial para prevenir el abuso del poder. Imaginemos una IA aplicada a monitorear los nombramientos de jueces: patrones de nepotismo o favoritismo quedarían expuestos en tiempo real, blindando la justicia frente a la corrupción política.

Aquí los medios de comunicación se vuelven fundamentales. No basta con prever; es necesario comunicar de manera clara y masiva. Si los datos predictivos permanecen encerrados en informes técnicos, el efecto social es nulo. La juventud, nativa digital, puede utilizar redes sociales para transformar estadísticas en historias, predicciones en alertas ciudadanas. Un tuit, un video corto o un pódcast bien elaborado puede ser más persuasivo que cien páginas de un informe académico. La IA predice, los jóvenes difunden, los medios amplifican. Esa tríada puede blindar a la democracia contra el fraude antes de que ocurra.

En el caso Gomes Lund y otros vs. Brasil (2010), la Corte IDH ordenó medidas de reparación a comunidades afectadas por graves violaciones de derechos humanos. Inspirados en esa lógica, los algoritmos podrían priorizar recursos hacia las zonas más vulnerables y garantizar que la reparación no sea un simple discurso político, sino una acción verificable.

En este proceso, los jóvenes somos esenciales para que las reparaciones se traduzcan en cambio cultural. Un hospital remodelado gracias a la recuperación de fondos desviados no es solo infraestructura: es un símbolo de justicia que debe ser narrado, compartido y celebrado para que se convierta en ejemplo. Los medios, a su vez, son la plataforma donde esas narrativas adquieren vida pública. La reparación digital no solo sana cuerpos institucionales, también cura memorias sociales.

### **Conclusión**

Los desafíos del combate a la corrupción en la era digital son tan grandes como las posibilidades que abre la inteligencia artificial. Nunca antes la humanidad había contado con una herramienta tan sofisticada para observarse a sí misma: algoritmos capaces de procesar millones de datos en segundos, de detectar patrones ocultos, de anticipar irregularidades que el ojo humano jamás podría advertir. Pero esta promesa tecnológica es, al mismo tiempo, una advertencia: de nada servirá la potencia de la IA si se emplea al margen de la ética, si carece de voluntad política o si se convierte en una herramienta más al servicio de los corruptos.

La tecnología, bien utilizada, puede ser un mecanismo de emancipación frente a quienes lucran con el poder, una barrera contra los abusos, un escudo que proteja lo común de las garras de la codicia privada. La IA nos ofrece la posibilidad de pasar de la reacción tardía a la prevención temprana; de la justicia lenta a la sanción expedita; de la impunidad estructural a la transparencia radical. Es decir, nos permite cambiar la lógica de la resignación por la de la anticipación, transformar la lucha contra la corrupción en un proceso constante, riguroso y vigilante.

Pero sería ingenuo pensar que basta con la tecnología. Hay dos elementos adicionales que pueden inclinar la balanza en este combate: la juventud y los medios de comunicación.

Los jóvenes no somos meros espectadores de la historia: somos quienes nacimos en un mundo digital, quienes entendemos el lenguaje de los algoritmos, quienes habitamos naturalmente las redes sociales. Somos la generación que no necesita manuales para comprender cómo circula la información, cómo se viraliza un contenido o cómo se organiza un movimiento en línea. Esa

resolverlo en tribunales o congresos; debe resolverse en las plazas digitales, en los medios, en los hogares, en la conciencia de los jóvenes que no toleren más la resignación.

Porque la inteligencia artificial, por poderosa que sea, nunca sustituirá la decisión humana de elegir la transparencia sobre la sombra. Puede ayudarnos a identificar, prevenir, sancionar, erradicar y reparar, pero solo los pueblos —con sus jóvenes a la cabeza y sus medios como altavoces— pueden decidir no tolerar más la corrupción. La IA es un instrumento, no un destino. El destino se escribe con voluntad social, con compromiso ético y con memoria histórica.

Imaginemos un futuro donde los algoritmos auditen automáticamente cada peso gastado en salud, donde un joven estudiante descubra irregularidades y las comparta en un video viral, donde un medio independiente amplifique esa denuncia y donde la sociedad exija la sanción inmediata. Ese futuro no es ciencia ficción: es posible si la tecnología se une con la juventud y la comunicación.

La historia demuestra que cada época encuentra sus propias armas para enfrentar la injusticia. En la era industrial fueron las huelgas y los sindicatos; en la era de los derechos humanos, los tribunales internacionales y las constituciones democráticas; en la era digital, nuestra arma es la inteligencia artificial acompañada de la voz juvenil y del eco de los medios. La corrupción es poderosa, pero más poderosa puede ser una sociedad conectada, consciente y decidida a no tolerarla.

La conclusión es clara: no basta con algoritmos; hacen falta jóvenes que exijan, medios que visibilicen y sociedades que no se resignen. La inteligencia artificial nos brinda la lupa, pero somos nosotros quienes debemos tener el valor de mirar. Nos ofrece la espada, pero somos nosotros quienes debemos blandirla. Nos da los datos, pero somos nosotros quienes debemos transformarlos en verdad y justicia.

En última instancia, el combate a la corrupción en la era digital no es solo un reto tecnológico: es un reto moral, cultural y generacional. O nos digitalizamos como sociedades íntegras, o nos resignamos a que la corrupción se digitalice más rápido que nuestra capacidad de detenerla. La decisión no está en los algoritmos, está en nosotros. Y nosotros, la juventud, tenemos la última palabra.